

Significados del consumo entre los jóvenes adultos en el contexto de crisis actual¹

En este artículo, analizaremos los significados que el consumo adquiere entre las generaciones de jóvenes adultos en una situación de profunda crisis económica como la actual. Nos centraremos en la descripción de los discursos en relación al consumo que los jóvenes están adoptando. El consumo aparece de forma omnipresente como refugio de la normalidad de vida y por lo tanto única referencia de un modelo de vida presentable hacia los demás. Es posible que el discurso en relación al consumo haya virado hacia una reflexión más profunda sobre hábitos existentes y sostenibilidad de las prácticas; no obstante, no debemos minimizar la fuerza de los significantes del consumo para estructurar el imaginario ideológico de buena parte de la juventud española, lo que influirá, sin duda, en la vía elegida para tratar de superar la crisis.

En un artículo publicado en esta misma revista² ya habíamos anticipado cambios de cierta entidad en la aproximación de los españoles en general al consumo durante la crisis, a partir de material discursivo obtenido de una serie de grupos de discusión celebrados en distintas ciudades de la geografía española. Siguiendo esta misma línea de trabajo, en esta ocasión nos hemos centrado exclusivamente en el consumo de los jóvenes adultos, contando con el material empírico obtenido a partir de seis grupos de discusión celebrados a mediados de 2011.³

Luis Enrique Alonso es catedrático de Sociología (UAM)

Carlos J. Fernández Rodríguez y Rafael Ibáñez Rojo son profesores de Sociología (UAM)

¹ Este artículo es el resultado de las actividades de investigación asociadas al proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad con referencia CSO2011-29941.

² L. E. Alonso Benito, C. J. Fernández Rodríguez, R. Ibáñez Rojo, C. Piñeiro, «Consumo y estilos de vida sostenibles en el contexto de la crisis económica», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, núm., 113, 2011, pp. 139-148.

³ Los grupos de discusión se dividieron entre precarios jóvenes y jóvenes adultos con diferentes orígenes sociales, trayectorias personales y educativas y distintas cargas familiares, y se realizaron en varias ciudades españolas. La metodología se inspira en el análisis de los grupos de discusión realizado por L. E. Alonso, *La mirada cualitativa en sociología*, Fundamentos, Madrid, 1998.

Los jóvenes adultos que participaron en estos grupos reconocen que la crisis está influyendo mucho en sus hábitos de consumo, una vez que su renta disponible es menor que hace unos años. Tienen que recortar gastos, ahorrar y apretarse el cinturón. Así, jóvenes independizados citan situaciones del tipo: «estar cobrando 300 euros más porque me llega el seguro del coche y a lo mejor tengo que estar tres meses ahorrando para luego poder pagar ese seguro del coche y tres meses controlando para poder pagar el seguro del coche, cuando hace cinco años a mí no me pasaba» (RG2) o que «en cuanto tienes que pagar la casa o cualquier cosa es que dices, es que no tengo ni para comprarme un capricho de decir, pues mira, me apetece este bolso que tal, no, tienes que ir mirando y ver cómo puedes ir haciéndolo para luego al final poder con todo» (RG2). Esta moderación en el gasto se percibe en ocasiones como frustración, pero también como una oportunidad de cambiar de hábitos y adaptarse a las circunstancias: así, «si tienes que beber en un parque en vez de en un bar pues bebes en un parque, si tienes que ir a McDonald's en vez de a un sitio mejor pues vas a McDonald's, vamos, yo creo que por 500 euros te puedes ir de casa» (RG6). En otras ocasiones, considerar que un producto o servicio más barato o público puede ofrecer la misma calidad puede servir de aliciente para el ahorro: «yo tenía seguro privado, con Adeslas en este caso, mi mujer y mi hija, a la pequeña ya no la hemos hecho, yo me he dado de baja y mi mujer y mi hija se van a borrar ya, ya no por el tema económico que también influye, que son ciento y pico euros al mes por dos personas, es que yo creo que la sanidad ha cambiado un poco hacia bien, no sé a nivel rural...» (RG5).

Esto significa, sin duda, que los jóvenes han modificado sus expectativas a la baja y reconocen que su nivel de vida futuro va a ser inferior al de sus padres, que se caracterizaría por un consumo basado en la adquisición de propiedades inmobiliarias. Así, comentan que «yo no me veo como mis padres el día de mañana con un chalé, tienen un chalé y tienen otra casa además, yo no me veo con una casa de playa, es que no lo concibo, digo, no sé si voy a ser capaz de tener una hipoteca pues cómo narices me voy a comprar dos casas, es surrealista» (RG6), o que «si tienes la suerte de que te conceden una hipoteca es a 50 años, o sea, es imposible que te concedan otra, es que no tienes acceso ni a una vivienda de dos dormitorios, entonces la idea de tener una casita de ocio en la sierra no se nos pasa por la cabeza» (RG6). De los discursos de los jóvenes podemos obtener una fotografía del consumo de sus mayores, que ciertamente parece haber sido apabullante: «no vamos a tener, lo que decías tú, los dos coches, el piso, irte de vacaciones en Semana Santa, en verano, salir de copas, yo creo que tiene que cambiar un poco a necesito comprarme esto, no lo de nuestros padres sino una cosa un poco más llana» (RG5).

La incertidumbre, la inestabilidad y las expectativas de un menor nivel de vida terminan conduciendo a que se pospongan ciertas decisiones vitales, como la de formar una familia. Así, se indica que es irresponsable tomar tal decisión sin haber conseguido cumplir con una serie de requisitos materiales y laborales: «hasta que no tengas una estabilidad en cuanto

a trabajo y en cuanto a vivienda no puedes plantearte formar una familia, por lo menos yo creo que es así, porque no le vas a dar una vida al pobre chaval, no sé, que no puedas mantener una vivienda» (RG6). Tener hijos es difícil porque representa un peligro para las expectativas laborales de las mujeres («tú empiezas en un trabajo y no puedes permitirte el lujo de quedarte embarazada y eso es una realidad» (RG6)) pero además «tener un hijo es un gasto, es feo decirlo pero es un gasto» (RG4). Sin embargo, el cálculo de los gastos se ve ciertamente desnivelado por los costes de oportunidad que el hijo tendría en los hábitos de vida más relacionados con el hedonismo. Así, destacan comentarios tan singulares como: «¿pero realmente te apetece tener un hijo hoy en día con 30 años con todas las cosas que hay que hacer, o sea, que hay por hacer?» (RG4), «un niño es como una atadura que te mete en casa, que se te acabó el salir [...], el viajar, no sé qué, y no le vas a encasquetar siempre con una canguro o con los abuelos porque si lo tienes tú es para criarlo tú» (RG4) o «yo prefiero disfrutar de mi pareja antes de tener un niño, cuando tenga el niño ya sé que tendré que prescindir de muchas cosas, entonces prefiero tener unos años para mí y para mi pareja» (RG4).

Entre los no independizados las referencias al hedonismo y al rechazo de los sacrificios en el ámbito del consumo son todavía más intensas. Así, un participante indica que «yo estudiar, yo trabajar no, este verano no voy a trabajar, para qué si me va a dar pasta mi padre, quiero ropa, me voy al Corte Inglés y me la compro, el móvil me lo paga mi padre, quiero salir por ahí, me lo paga mi padre, ay, papá, es que no tengo dinero y no puedo salir y me quedo en casa, dice el padre, ostia, también es verdad, toma cincuenta euros y sal esta noche» (RG1). Se les da de todo a cambio de nada: los jóvenes reivindican más consumo y los padres se lo proporcionan: «más, más, más, el móvil, el iPad, el ordenador, el no sé qué, es que es demasiado» (RG2); «viven y encima si no les piden nada y tal pues claro que se pueden comprar un Ford Fiesta y otro más grande también» (RG3). Ese dispendio de esos “niños pijos” es relatado mientras se ofrece como contrapunto un relato personal de morigeración y de «hacerse a sí mismo»: «mucha gente que ha salido de la misma carrera que yo y que tenían un coche en la puerta pagado, que yo me lo estoy pagando, tenían, ¿te quieres ir a la beca a Londres?, toma, estudia inglés, hala, todo pagado, yo también lo tengo, o sea, tengo unos niveles de vida efectivamente que yo no me he podido permitir» (RG2).

Ser en la vida... propietario de una vivienda

Pese a estas referencias a estrategias de austeridad personal, permanece el deseo de adquirir, necesariamente, una vivienda en propiedad como piedra angular del proyecto vital. Como si se rememorase de nuevo aquella máxima franquista de «construir un país de propietarios, no de proletarios», los jóvenes españoles se orientan todavía a mostrar una pre-

ferencia notable por la compra de una vivienda, al menos como objetivo futuro: son habituales en los grupos afirmaciones tales como «mi sueño [...] era tener una vivienda en propiedad» (RG3), en combinación con «yo es que el alquiler lo veo tirar el dinero» (RG6). Algunos jóvenes manifiestan que se trata de «un problema cultural, volvemos a lo mismo, nosotros se lo queremos dar a los hijos y los europeos alquilan todos y no están pensando si al hijo le van a tener que dar una casa» (RG6): pese a este atisbo de autocrítica, la mayoría está interesada por la opción compra, y de hecho ésta se plantea como la opción racional, que debe además planificarse desde muy joven. Así, algún participante llega a afirmar que «creo que es una edad muy lógica para empezar a plantearte si me compro una casa, si no me compro una casa, con veintitrés años y veinticuatro, vamos, yo sí» (RG5).

Evidentemente, ser propietario no es barato, y exige no sólo una cierta estabilidad en los ingresos, sino la necesidad de contar con un salario relativamente elevado (o dos salarios). Esta situación es señalada por varios de los participantes, que señalan que «[...] hace nueve años, te podías comprar una casa tú solo, con un sueldo normalito podías ir y comprarte una casa, no un caserón ni un chalé, pero una casa normal, un sitio donde vivir, ahora necesitas dos sueldos, necesitas el tuyo y el de tu mujer, uno para comer y otro para pagar» (RG1). Sin embargo, si cuentan con dinero suficiente, no se lo piensan y compran: «es que si yo cobro 2.000 euros al mes me voy a comprar una casa, seguro, si yo tengo trabajo fijo con 2.000 euros al mes no voy a alquilar, voy a comprar una casa, estoy seguro de ello» (RG6). Eso sí, es imprescindible tener trabajo, pues «sin trabajo no vas a poder acceder ni a una vivienda ni a un coche ni vas a poder tener nada, no lo vas a poder pagar si no trabajas» (RG1). La vivienda se convierte en un elemento esencial de acceso a la vida adulta, y la dificultad de acceder a la misma es uno de los procesos de exclusión social más significativos en la actualidad.⁴

La estabilidad es fundamental para mantener un cierto nivel de vida y los tiempos no acompañan: «lo único que veo yo en Infojobs, donde busco, en todo eso, es o bajas de maternidad para sustitución de cinco meses o como habéis dicho, becas o prácticas que te cobran, pues si quieres pagar el piso y si quieres pagar el metro y un viaje para yo qué sé cada dos meses no te da» (RG2). Por ello, entre los más jóvenes se reproducen discursos en los que se enfatizan las ventajas de pasar un tiempo prolongado con los padres ahorrando dinero para la futura vivienda, y así evitar las estrecheces e incomodidades de una vida independiente en la que además los padres tendrían que hacerse cargo de algunos gastos [«mamá, me voy de casa, ahora, vengo los viernes a hacer la compra, los fines de semana a comer, el seguro del coche te lo paso todos los años» (RG6)]. Así, en uno de los grupos, varios participantes afirmaron cosas como «para qué me voy a ir si con lo poco que

⁴ C. Navarro Ruiz, *La exclusión en vivienda en España: un análisis económico de su extensión, dinámica y efectos sobre el bienestar*, CES, Madrid, 2006.

voy a tener, pues prefiero vivir con mis padres y aguantarme, aunque tenga un novio, ya tendré tiempo de vivir con él o lo que sea cuando esté mejor, pero prefiero tener una mejor calidad de vida y vivir con mis padres porque si no, si lo poco que tengo me lo gasto en pagar un alquiler y no tengo para darme ningún capricho, pues la gente lo que está haciendo es eso» (RG6), «lo que no voy a hacer es ahorairme para estar pasándolo mal» (RG6) o «si te vas de alquiler y te gastas casi la mayor parte de tu dinero en el alquiler que no va a ningún sitio» (RG6). No existen conflictos familiares y socialmente el vivir hasta la edad adulta con los padres no se percibe como una lacra: por tanto, se valora más la comodidad que el riesgo, hasta llegar a afirmar que «eso me aporta más, me aporta a lo mejor un buen viaje en verano que estar cinco meses abriendo la nevera y viendo media cebolla» (RG6).

Pese a estas referencias a estrategias de austeridad personal, permanece el deseo de adquirir, necesariamente, una vivienda en propiedad como piedra angular del proyecto vital

Hay una minoría, no obstante, que percibe esta situación desde otra perspectiva, con críticas a los excesos inmobiliarios de la última década. Se señala por ejemplo que «hay más de un millón de viviendas vacías, se ha construido tanto que ahora sobran» (RG4) o que «la burbuja que ha explotado, o sea, antes con la especulación era maravilloso ir subiendo de un piso de una habitación a otro de dos, a otro de tres y a un chalé, pero claro, es insostenible» (RG6). Los tiempos han cambiado, y «si yo no me puedo comprar un piso como hacían mis padres antes que daban las hipotecas a 15 años y a un 15% pues no se compra el piso, es que no sé por qué hay que comprarse un piso, es que no lo puedo entender» (RG5). Hay un rechazo a quedar atrapado frente al banco, al endeudamiento: «aquí lo del alquiler todavía no está bien visto, tienes la sensación de tirar el dinero cuando a lo mejor en realidad lo que estás tirando es todos los intereses que estás pagando al banco» (RG6) pero también a una vida demasiado convencional [«treinta años viviendo en la misma casa, eso es un coñazo, lo veo súper antiguo» (RG6)] o al miedo de quedar demasiado expuesto a la inestabilidad: «ahora mismo ni me plantearía comprar aunque pudiera, no, para entrar en este círculo otra vez no, tu vida supeditada a una hipoteca y todo, o vivir de alquiler, sabes que tienes desventajas porque a los cinco años te pueden chutar, pero no para seguir alimentando este círculo» (RG4).

La gente ha vivido por encima de sus posibilidades...

Sin embargo, esta crítica goza de menos consenso que las referencias moralizantes a la idea de que se ha vivido por encima de las posibilidades del país, ya explorada en anterio-

res trabajos.⁵ El ansia de imitar el estilo de vida de los padres ha significado que las aspiraciones materiales en el período juvenil hayan sido muy elevadas: «el problema de todo es que nos hemos acostumbrado o hemos visto a lo mejor una generación por encima nuestra que han vivido bien, o sea, era un momento que la gente vivía más o menos bien, qué pasa, que hemos llegado nosotros y hemos pensado que es lo mismo y que lo normal es comprarse una casa y que lo normal es tener dos coches, no hablo de necesidades sino algo como normal» (RG5); pero no sólo eso, sino también la presión social de una cultura fuertemente materialista [por ejemplo, «la gente muy de puertas, todos tienen un coche estu-pendo, pero qué tienen a la hora de comer en el plato» (RG2)] y «querer, querer, querer el nivel de vida que llevamos, el que nos apetece vestir las mejores, las mejores fiestas, el mejor todo, creo que estamos en un nivel que es demasiado y que por eso exigimos mucho más» (RG2)]. El hecho de sobrepasar los límites se menciona, a menudo, con una proliferación de juicios del tipo «es que estamos viviendo por encima de nuestros límites» (RG6) y «no queremos bajar de ese nivel, no nos conformamos con menos» (RG2), y comentarios como los de que «mucha gente ahora intenta como seguir su vida normal y aparentar algo que no, o sea, seguir con el mismo nivel de vida cuando no puedes hacerlo, que yo veo casos» (RG6).

A juicio de estos jóvenes, durante la década pasada existió un verdadero exceso en el consumo, particularmente en el de propiedades, que ha terminado generando la mayoría de las dificultades que padecen. Así, «en su momento había mucha alegría, la gente compra pisos, chalés y apartamentos...» (RG1), lo que ha generado pautas de gasto excesivas: «nos ha gustado vivir por encima de nuestras posibilidades, entonces ahora nos quejamos y es lo que hay, hay gente que ha sabido vivir y va bien y otra que no» (RG3). Vivir por encima de las posibilidades es considerado como una irresponsabilidad por parte de algunos por la cual todos pagamos el pato. Es interesante comprobar cómo la mayoría de los casos citados tienen que ver con personas relacionadas con el sector de la construcción: así, un participante cita que «se han hecho muchas temeridades, yo también trabajo en la construcción, he conocido a peones de obra que pagaban 1.300 euros de hipoteca cuando tenían en nómina 1.100 euros» (RG5). Hay además referencias a que los trabajadores se hipotecaban sin tener en cuenta que su situación de bonanza era meramente coyuntural: «[...] la gente se hipotecó con las horas extras, es decir, antes un albañil su sueldo era 1.000 euros pero como tenía otros 1.000 en horas extras y claro, así se estuvo ocho o nueve años construyendo y todos los meses a lo mejor el tío, ¿cuándo hemos visto a un obrero con un BMW?» (RG1). Frente a ese comportamiento irresponsable de los otros, la mayoría de los entrevistados trataba de hacer notar, de forma en ocasiones un tanto defensiva, que su caso es diferente: «yo a lo mejor antes cuando tenía una nómina me podía haber metido en una

⁵ L. E. Alonso, C. J. Fernández Rodríguez, R. Ibáñez Rojo, «Del consumismo a la culpabilidad: en torno a los efectos disciplinarios de la crisis económica», *Política y Sociedad*, 48 (2), 2011, pp. 353-379.

casa, pero ahí está la persona y ahí está la prudencia» (RG5), si bien de forma muy esporádica alguno de los participantes entona un *mea culpa*: «a mí me ha pasado, yo he tenido que devolver un coche» (RG1).

Pese a la profunda crisis económica, el consumo sigue siendo la esfera que estructura el marco referencial de los jóvenes, ante la pérdida de sentido del trabajo como eje de una ciudadanía laboral

El consumismo exacerbado, no obstante, dista de estar erradicado de la sociedad con el advenimiento de la crisis. Puede ser que el mercado inmobiliario se haya frenado en seco, pero de acuerdo con los entrevistados, la gente (los otros) siguen malgastando el dinero del que todavía disponen, continuando con la irracionalidad de la situación. Por ejemplo, en ocasiones denuncian que, tomando como ejemplo el caso del fútbol, «llega un partido de liga y hay que pagar una entrada a doscientos euros e irse donde sea y todo el mundo se va» (RG3), o se menciona que «conozco gente que 500 euros vale el abono del Zaragoza y pide un préstamo para pagar el abono del Zaragoza» (RG3). Hay críticas al consumismo como, por ejemplo, al exceso de peso que se le ha dado a los centros comerciales y a la ampliación de horarios [«empezaron a hacer centros comerciales y venga, como si fuera esto Nueva York» (RG3); «qué es esto de que las tiendas estén abiertas hasta las 10:00 de la noche, que vas por Preciados y te estás comprando un sujetador a las 10:00 de la noche, o sea, si somos Europa pues empecemos a mejorar también esas cosas» (RG2)]. Por otra parte, se hace notar, frente a las noticias de prensa que insisten en la atonía del consumo interno, que «vas a cualquier lado y está todo petado, todos los restaurantes, los cines, el parking no tienes ni sitio para aparcar en cualquier galería comercial que vas, dices, madre mía, pues para haber crisis, no sé, la gente tira bastante» (RG3). Asimismo, y en contraste evidente con estas críticas, se reconoce que la gente ha restringido sus hábitos de consumo mucho, quizá hasta demasiado: «la gente no gasta nada, entonces gasta mucho menos de lo que, la gente que puede, o sea, no hablo del que no tiene para comer, pero ahora la gente tiene psicosis que hasta el que tiene trabajo y tiene buen trabajo gasta menos de lo que gastaba antes y tiene el mismo poder adquisitivo» (RG3). Así, un participante menciona que «yo conozco a gente que tienen el mismo poder adquisitivo que antes y gasta mucho menos por la cosa de que es la crisis» (RG3).

Paralelamente a estos juicios moralizantes, se recoge un discurso fuertemente crítico respecto al consumismo exagerado de los nuevos adolescentes y jóvenes que se integrarían en la denominada generación *ni-ni* (ni estudio, ni trabajo). Esta generación que viene detrás se caracterizaría por su extraordinaria irresponsabilidad, resultado de estar malcria-

dos por sus padres y de haber crecido en un ambiente de gran consumismo. Sobreprotegidos por sus progenitores, son despiadadamente criticados por los participantes de los grupos que cuentan con mayor edad o responsabilidades familiares. Así, se dice de ellos que «no trabajan, es que estoy seguro que esos no pueden trabajar porque a las horas que están, a las 7:00 de la mañana, allí es imposible que se vayan a trabajar, pero, ¿quién les da el dinero?, sus padres...» (RG1) y que «a mi alrededor es lo mismo, los *ni-ni* que no hacen nada, tengo amigas así y que no aspiran a nada, viven en el pueblo sin hacer nada, viviendo de los padres, de fiesta en fiesta» (RG2). Se trata como vemos de una combinación letal entre sobreprotección y hedonismo. Si algunos de ellos estudian (lo que equivale a ir a la universidad), se les acusa de estar centrados puramente en la juerga y la alergia al trabajo duro: «todo el mundo que es universitario sale, sí o sí» (RG1); «yo tengo amigos que van a la universidad y dicen, yo no quiero trabajar, yo quiero seguir estudiando, no porque les guste hacer una carrera sino porque papá y mamá me untan» (RG1). El problema de la generación *ni-ni* tiene que ver con una educación fallida que ha consentido todos los caprichos desde la más tierna infancia. Así, «el problema no es de la niña que pide la consola, el problema es tuyo que le das la consola, no la enseñas a que no tiene que tener una consola, que con ver la tele y con ir a clase o hacer lo que tenga que hacer le es suficiente y lo demás son caprichos, yo te estoy hablando de una manera de vivir» (RG1). Los niños, desde muy pequeños, están demandando objetos de consumo. Las familias jóvenes señalan que, en su entorno, esta forma de malcriar ha sido habitual, citando situaciones como que «[...] la nena, a lo mejor el nene no pero la nena como le pongas toda la semana la misma falda va a decir, mamá, yo esa falda ya no la quiero que ya me la he puesto dos veces o tres o cuatro, cómprame otra falda» (RG1) o que «hay algunos que tienen que llevar al niño de los pies a la cabeza todo de marca, a ver qué marca es más cara, y te compro un jersey de un niño que cuesta más que uno de mayor, no es normal» (RG2).

Paradójicamente, esta presentación de uno mismo como alguien racional y moderado no impide que en los grupos aparezcan ocasionales llamadas al hedonismo, resultado en buena medida de la falta de expectativas en el futuro y dificultades para ahorrar: «¿Estrategia?, vivir al día, lo que tienes gastártelo, es lo mejor» (RG1); «claro, la gente vive al día, todos creo que vivimos al día, pero vamos, quitando cuatro o cinco que tienen dinero» (RG1); «yo de momento voy a pensar en los 30, los 67 ya vendrán» (RG2).

Conclusión

Como hemos podido comprobar a lo largo de estas páginas, los participantes en los grupos de discusión han esbozado un discurso presidido por un notable conformismo. Pues conformistas son sus aspiraciones: la adquisición de una vivienda en propiedad y poder mantener unos hábitos de ocio y consumo que, si bien en los grupos no se trataron de forma

explícita, aparecieron implícitamente en las menciones a la forma de independizarse y formar una familia. Entre los jóvenes no emancipados, independizarse sin recursos suficientes implica sacrificios que no siempre están dispuestos a asumir, por cuanto no podrían disfrutar del ocio y del consumo de la misma manera que lo hacen en casa de sus padres. Del mismo modo, retrasar la paternidad o maternidad significa poder seguir consumiendo, disfrutando de experiencias mientras que tener un hijo supone gastos, atarse a otras rutinas, variar comportamientos.

Así, el consumo aparecería de forma omnipresente en el discurso de los jóvenes adultos como refugio de la normalidad de vida y por lo tanto única referencia de un modelo de vida presentable hacia los demás. Pese a la profunda crisis económica, seguía siendo la esfera que estructura el marco referencial de los jóvenes, ante la pérdida de sentido del trabajo como eje de una ciudadanía laboral.⁶ Es cierto que desde la realización de los grupos, la situación social y económica se ha deteriorado de forma notable a causa de las políticas de austeridad, por lo que es posible que el discurso en relación al consumo haya virado hacia una reflexión más profunda sobre hábitos existentes y sostenibilidad de las prácticas; no obstante, no debemos minimizar la fuerza de los significantes del consumo para estructurar el imaginario ideológico de buena parte de la juventud española, lo que influirá, sin duda, en la vía elegida para tratar de superar la crisis.

⁶ L. E. Alonso, *La era del consumo*, Siglo XXI, Madrid, 2005 y *La crisis de la ciudadanía laboral*, Anthropos, Barcelona, 2007.